



www.loqueleo.es

© 2022, Manu Carbajo

Representado por Tormenta, www.tormentalibros.com.

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-410-5

Depósito legal: M-8640-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

GRITARÁN
MI
MANU NOMBRE
CAPBAJO

loqueleg

*«Aunque hombre de dos caras, yo no era,
en modo alguno, un hipócrita:
mis dos aspectos eran genuinamente sinceros.
No era menos yo cuando dejaba a un lado todo freno
y me hundía en la vergüenza que cuando trabajaba,
a la luz del día, en el adelanto de la ciencia o en
remediar ajenas desdichas y dolores».*

*El extraño caso del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde
Robert L. Stevenson*

15 seguidores

Mi Twitter tiene globitos 🌍

#FelizCumpleParaMí

Si quieres ser una persona famosa en internet, tienes que tener un nombre raro. O, al menos, un nombre del que no te sientas orgulloso. Un nombre con el que no dejas de preguntarte por qué tus padres decidieron bautizarte con semejante castigo. ¿En qué momento les pareció buena idea? ¿Por qué nadie les paró los pies? ¿No pensaron en las consecuencias que aquello iba a tener para su hijo cuando llegara al instituto?

9

Luego están los que tienen un nombre más o menos normal. Un nombre del que te puedes sentir orgulloso porque suena bien, tiene fuerza, personalidad y, además, casa bien con tu apellido. Un nombre con el que te dicen que tienes pinta de llamarte así. Pues esta gente, en vez de utilizar ese privilegio que les ha dado la vida y lucir con orgullo su perfecto y envidiable nombre, deciden ponerse un alias estúpido en internet.

Porque, como he dicho, si quieres ser una persona famosa en el mundo de las redes sociales, tienes que tener un nombre que se salga de la regla y llame la atención.

—¡Feliz cumpleaños, Avelinoooo!

Leti alargó la última letra mientras se abalanzaba sobre mí para darme un achuchón en el moflete acompañado de un fuerte tirón de orejas.

—¡Leti! —me quejé, más por el bochorno y la vergüenza del espectáculo que estábamos dando en mitad de nuestro parque favorito del barrio que por el dolor que me estaban propinando los dieciocho tirones de oreja—. Ya sabes que no me gusta que me llames así.

10 —Ay, Nino, de verdad... —bufó mi mejor amiga con un resoplido mientras me soltaba—. ¡Qué mal te sienta la mayoría de edad! Haces honor a tu nombre de viejo.

—Según mi abuela soy la reencarnación de su hermana Avelina, así que mal encaminada no vas.

—Tu tía abuela llevaría con mucho más orgullo y gracia este nombre tan maravilloso que la vida te ha regalado —y lo dijo dándome un codazo para volver a exaltarse con un abrazo—. ¡Felicidades! ¡Felicidades! ¡FELICIDADES! ¡Qué se siente al tener dieciocho tacos? No te voy a decir eso de la cárcel, pero...

—No lo digas...

—¡Ya puedes pedirte una copa sin miedo a que te pidan el carnet, chaval! —Un fuerte vozarrón me hizo girarme de inmediato hacia el otro extremo del parque para ver cómo Kike, mi mejor amigo, hacía acto de presencia.

—No puedo tener unos amigos más guapos —confesó Leti, aún abrazada a mis hombros, mientras veía a Kike llegar—. ¡NO-PUEDO!

—Anda, *Leticita*, déjame abrazar a este hombretón —dijo mientras me levantaba y apretujaba entre sus

enormes brazos para felicitarme—. ¡Pero mírate! ¡Si hasta te ha salido una cana! Y creo que has crecido un par de centímetros. Al final vas a conseguir aparentar la edad que tienes.

A Kike le encantaba tomarme el pelo. Era lo más parecido a un hermano mayor, a pesar de haber nacido yo cinco meses antes. Sin embargo, era él quien aparentaba tener los dieciocho. Kike tuvo la suerte de desarrollarse antes. Recuerdo cuando en 2.º de la ESO me anunció con orgullo que se había afeitado por primera vez con su padre. Dos años después ya tenía que hacerlo, prácticamente, cada dos días porque la barba le salía más rápido. En los últimos años de instituto, se hizo con la medalla de guapo de la clase. Allá por donde pasaba, atraía miradas y provocaba suspiros. Era un chaval que lucía un cuerpo más adulto que el resto, alto, definido y esbelto, con una voz grave que resonaba con fuerza cada vez que se reía. Mientras, yo era un imberbe delgaducho que aún no había dado el estirón...

11

—Tiene gracia que seas el primero en cumplir los dieciocho, Nino —añadió Leti—. Es decir, te quiero mucho, ¿vale? Pero, sinceramente, podrías hacerte pasar por alguien de la clase de mi hermano.

—Leti, no me jodas, ¡que Pablo tiene trece años!

—¡No te enfades, bobo! Te estoy vacilando —dijo mientras se giraba hacia Kike para devolverle el abrazo y vocalizar un «no».

—Tener amigos para esto...

—¡Para esto! —anunció Kike mientras sacaba de su bandolera una botella de Licor 43.

—¡Kike! —grité en un susurro, avergonzado, mientras miraba a los lados—. ¡Que estamos en un parque público y son las siete de la tarde!

Sí, aquel era Nino Pardino.

12

Si no me apodaban «el Agonías» era porque ya tenía suficiente con mi nombre y apellido. Aquel chaval que acababa de cumplir la mayoría de edad no solo estaba agobiado por la posibilidad de que la policía le multara por beber alcohol en la vía pública, también estaba preocupado por el examen que tenía la semana siguiente, los trabajos por entregar, la nota de corte que necesitaba para poder estudiar en la Facultad de Química y un sinfín de objetivos más. Si estaba en aquel parque con mis dos mejores amigos era porque me parecía un poco triste y feo encerrarme la tarde de mi decimoctavo cumpleaños a estudiar o trabajar en el proyecto de fin de curso.

—Tómalo como parte de ese experimento tuyo —concluyó Kike mientras sacaba tres vasos pequeños y servía un chupito del brebaje en cada uno de ellos.

—No soy tan carca como para buscarme excusas para beber —dije mientras agarraba el vaso y brindaba con mis mejores amigos dejando escapar un suspiro—. Vida adulta... ¡Allá voy!

—Nino, llevas siendo adulto desde hace... No sé... ¿A qué edad empezaste a hablar? —vaciló Leti.

Mi respuesta fue una sonrisa forzada en una mueca falsa acompañada de un corte de mangas con la mano que tenía libre.

—¡Por ti, Nino! —añadió Kike.

—¡Que cumplas muchos más!

—Y que estéis vosotros para verlo. Os quiero. Aunque a veces me lo pongáis muy difícil —sentencié bebiendo de un trago el dulce néctar de licor. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—No sé si el dolor de cabeza que nos va a dar va a ser por culpa del alcohol o por la cantidad de azúcar que tiene esto —apuntó Kike—. Ya podrías haberte traído ese invento.

Existe una película que cuenta la historia de un niño que inventa chismes y cacharros muy interesantes. Jimmy Neutrón, se llama. Yo era una especie de Jimmy, pero más enfocado en la vertiente de pociones. Desde bien pequeño descubrí mi vocación como químico. Para mis padres era éxito asegurado regalarme el típico juego de probetas y mezclas químicas para jóvenes científicos. El problema surgió cuando me aburrí de mezclar los compuestos seguros que traía el propio juego infantil y empecé a descubrir la química por mi cuenta. Hasta el punto de que, cuando empecé a dar la asignatura en secundaria, yo ya sabía algunas cosas básicas, como la reacción para provocar dióxido de carbono, lo que pasa cuando aplicas calor al cloruro de cobalto o por qué es peligroso mezclar lejía con amoniaco.

Con tan solo siete años elaboré mis primeras gomino-las caseras, vapores de sabores y un refresco que emulaba bastante bien el sabor de la Coca-Cola. A medida que iba creciendo, mis experimentos con la química tenían como objetivo hacer la vida más fácil a mis padres, de tal

forma que creé un *quitagrasas* estupendo al que no se le resiste nada, un jabón que eliminaba la tinta de los rotuladores permanentes sin hacerte jirones la piel o unas bolas que se pegaban al cubo de la basura para evitar los malos olores.

14 Hice un montón de cosas, pero la mejor de todas me la reservé para el último año de instituto: un sustituto de las bebidas alcohólicas que conseguía generar el mismo estado de ebriedad, pero sin efectos secundarios como el dolor de cabeza o las náuseas. En otras palabras: inventé una bebida que no te daba resaca. Llevaba todo el curso trabajando en aquel proyecto para presentarlo como trabajo voluntario a los profesores delegados de la rama de ciencia y tecnología del instituto, y optar a una subida en la nota final de bachillerato.

—¿Qué tal llevas el proyecto «Cero Resaca»? —preguntó Leti mientras volvía a agarrar la botella para rellenar los vasos de chupito.

—Qué manía tienes con llamar a las cosas por un nombre que no es —me quejé.

—Mira, guapo, si cada vez que hable de tu experimento de ciencias tengo que llamarlo «Proyecto de estudio sobre la reducción de *no sé qué* en sangre sobre los niveles de *no sé cuántos...*», ¡apaga y vámonos! «Cero Resaca» es un nombre que tiene gancho y define de maravilla lo que estás haciendo.

—Explícame una vez más por qué quieres estudiar Arquitectura y no Publicidad —dije antes de volver a meterme un nuevo trago en la garganta.

Si te soy sincero, jamás me había imaginado a mi amiga dibujando planos o llevando un casco a las obras que firmara. Leti era una adicta a las redes sociales y una auténtica relaciones públicas de clase. Todo el mundo la conocía en el instituto; no por popular, sino por dicharachera. ¿Sabes cómo es ese tipo de persona que cae bien tanto a profesores como a la clase entera? Pues esa era Leticia.

Por aquel entonces, los tres estábamos haciendo el bachillerato en sitios diferentes. Mientras que Leti se había metido en una academia para cursar la especialización en artes con vistas a ir avanzando en su futura carrera como arquitecta, Kike y yo seguíamos en el mismo instituto, pero él escogió la rama tecnológica mientras que yo me fui por la de ciencias naturales.

Terminar secundaria fue un poco dramático porque implicó que el grupo de personas con el que llevaba compartiendo clase desde el parvulario se separara. Como si los tres mosqueteros dejaran de hacer todo juntos. Leti se marchó de nuestro instituto al terminar secundaria, Kike empezó en otra clase con nuevos compañeros y yo... me encerré más en mi mundo de químico.

—El «Proyecto de estudio sobre la inmunidad de los niveles de alcohol en sangre» —vocalicé de forma amplia y pomposa mirando a Leti— va bien. Supongo.

—¿Supones? Joder, Nino, ¡qué poca fe! —añadió Kike—. El proyecto va de maravilla. Eso sí: tienes que perfeccionar un poco el sabor porque... agradable no es, la verdad.

—Espera..., ¿lo has probado!? —preguntó Leti con una forzada indignación—. ¿Por qué a él le has dado de esa medicina y a mí no?

—En primer lugar, no es una medicina. Es una bebida que simula los efectos del alcohol. Y en segundo lugar, si os soy sincero..., no estoy seguro del resultado —confesé rascándome la nuca—. Hay veces que no termina de funcionar y...

16

—¡Qué más da! —interrumpió Kike con una carcajada—, Nino, acabas de cumplir dieciocho años y has creado una cosa que te puede hacer millonario. No sé si eres consciente, pero creo que estamos viviendo algo parecido a lo que pasa en la peli de *La red social*. ¡Dentro de nada aparecerá un Justin Timberlake para hacerte de oro!

—¡No pienso vender esto! —dije molesto—. Esto no se puede comercializar es... solo por y para la ciencia.

Mis amigos se miraron cómplices y ambos pusieron los ojos en blanco, en un claro gesto de burla hacia mi pedante lado científico. ¡Qué le iba a hacer!

—Anda..., déjate de ciencia durante un rato y vamos a hacernos una foto —dijo Leti mientras sacaba su *smartphone* y comenzaba a colocarse el flequillo.

Mi amiga tenía un don para hacer selfis. Mientras que cualquier persona normal hacía mil fotos hasta dar con la correcta, ella con solo levantar el brazo encontraba el encuadre perfecto. Además del posado, claro.

Nos rejuntemos los tres, sentados en el banco, y miramos a la pantalla, que captó el momento en un segundo.

—¡No puedo con tanta belleza! —exclamó Leti mientras seguía trasteando con su móvil, posiblemente, retocando la foto que acababa de hacer con filtros y demás cosas—. ¡Ale, listo!

No tardó en vibrarme el móvil, avisándome de que @Letiembre me había etiquetado en una publicación de Instagram junto con @KikeOlympus con el siguiente texto:

¡Feliz cumpleaños, @NinoPardino! Siempre serás nuestro pequeño-gran científico. #HappyBirthday #Felicidad #MadridNature #Instafriends #MadridMeMata

17

En la foto, Kike estaba en el medio, rodeándonos a los dos con sus definidos brazos y aquella sonrisa de granuja que, junto con el alborotado pelo que llevaba, me recordaba al perro de *La dama y el vagabundo*. Leti, con la mano que tenía libre, alzaba dos dedos formando el gesto de victoria, ladeando un poco la cabeza para lucir su espectacular melena rubia y esos ojos azules, heredados de su padre, que parecían guardar un mar paradisíaco. La verdad es que a mis amigos les sentaban de maravilla los últimos años de instituto. Yo, por mi parte, aparecía con la boca abierta (porque justo estaba diciendo algo en el momento en el que Leti hizo la foto), mis gafas a lo Clark Kent, un acné juvenil que no había forma de terminar de hacer desaparecer y mis delgados bracitos parecidos a los de un *stickman*.

—¿Madrid me mata? —preguntó Kike confuso cuando leyó los *hashtags* que puso Leti—. ¿Por qué nos mata Madrid?

—Ay, Kike, por Dios... —resopló Leti como si estuviera hablando con su padre—. Es un *hashtag* que está de moda. Así la foto llegará a más gente y tendremos más seguidores. Aún no sé si tus padres no te dejaban hacerte de Instagram por la tontería esta de que las redes son peligrosas o... porque tú eres un peligro en las redes.

18 Mi amigo, que llevaba en el apasionante mundo del postureo virtual desde hace solo unos meses por impedimento de sus paranoicos padres (quienes, por supuesto, le habían dejado hacerse de Instagram siempre y cuando tuviera el perfil privado), se acercó a Leti frunciendo el ceño y, relamiéndose los labios en un gesto que no sé si era de paciencia o de seducción, dijo:

—Punto número uno: no quiero tener más seguidores. Hay una cosa que se llama privacidad y, la verdad, me encanta. Deberías probarlo. Mira..., solo tienes que meterte aquí y darle a «perfil privado» —vaciló mientras le enseñaba el móvil a Leti—. Y punto número dos: sigo sin entender por qué Madrid nos mata. ¡A mí no me mata! ¡Esta ciudad me da la vida!

¿Te puedo confesar una cosa? Aquella primera foto que me hice con dieciocho años es de mis favoritas. Los tres salimos tan... nosotros. Tan naturales. Sonrientes. Sinceros. Éramos unos amigos que habíamos pasado toda la vida juntos y... allí estábamos: en el parque en el que yo había aprendido a andar, Kike a montar en bici y Leti a dibujar; a escasas semanas de terminar el instituto. Éramos felices. Ajenos a todo lo que se nos venía encima. A mí no me preocupaba salir con la boca abierta

o que detrás apareciera un niño corriendo por el parque. No me preocupaba hacerme una foto de improviso, sin posar, sin pensar lo que transmitía con ella. Sin repetirla una y otra vez para que saliera lo más guapo y *casual* posible. ¿Hace cuánto no me hago una foto así?

Desde hace años siempre busco que lo que esté en mi galería de fotos se pueda subir a Instagram. Todo posados. Risas falsas. Andares forzados. Cada vez que voy a un sitio con unas vistas bonitas, en vez de preocuparme por disfrutar de ellas, estoy pensando en la foto que me voy a hacer y qué contenido puedo sacar con ella. ¿Puedo relacionarla con algún experimento? ¿Servirá para alguna futura promoción? De cada foto tengo una barbaridad de tomas para encontrar la perfección. Una perfección que no ha existido jamás.

Lo más triste de todo es que, a pesar de que aquella foto es una de mis favoritas, jamás la he colgado en mis redes sociales. ¿Por qué? No lo sé. Supongo que porque aquel chico de dieciocho años no era @NinoPardino.

Aquel chico era... Nino. Sin más.

Él no había llegado todavía.

Y yo era real.

16 seguidores

Se me ha caído la tostada
por el lado de la mermelada.
¿Apostamos a que va a ser
un miércoles de mierda?

20 Otra de las cosas que necesitas para ser una persona famosa en internet (además del nombre raro) es haber tenido un enemigo en el instituto. Un ser que se metiera contigo (normalmente, por tu nombre, tu físico, tu forma de ser o por todo ello) y que te hiciera la vida de clase un poco insoportable. En mi caso, esa persona se llamaba Jorge Marchetti. Y no te haces una idea del escalofrío que me dio ver la notificación que me avisaba de que @Jota-Marchetti me estaba empezando a seguir por Instagram.

—¡Pardillo!

Jamás voy a olvidar la voz nasal del estúpido de mi compañero con apellido italiano (idioma del que no sabía ni una palabra). Marchetti se convirtió en el parásito más molesto de mis dos últimos años de instituto. Habíamos coincidido en alguna clase en secundaria, pero no fue hasta que llegué a bachillerato cuando empecé a sufrir sus burlas y humillaciones. Mientras que yo me había quedado solo, sin mis dos mejores amigos, Marchetti tuvo la suerte de poder terminar el instituto con su grupo de orangutanes.

Me concentré en ignorarlo; en seguir pendiente del juego malabar con el bolígrafo que tenía en una mano, haciéndolo girar una y otra vez. Pero Marchetti era muy insistente y no dudó en acercarse con su panda a enturbiar mi paz mental.

—Pardillo, hemos visto que ayer fue tu cumple —anunció—. ¿No nos vas a invitar a tu fiesta o qué?

—No voy a hacer ninguna fiesta —contesté sin despegar la mirada del bolígrafo.

—¿¡Cómo!? —exclamó de forma burlona y exagerada—. No, no, Pardillo. Tienes que celebrar tu cumpleaños. ¡No todos los días se cumplen doce añitos!

21

Aquello fue acompañado de un molesto pellizco en el moflete que me hizo tirar el bolígrafo al suelo. Tenía ganas de salir corriendo de ahí, pero tampoco podía moverme de mi pupitre. Estaba rodeado por aquella panda de monos salvajes que habían decidido entretenerse conmigo en aquel descanso entre clases.

—Venga, fiesta en tu casa este viernes —sentenció Marchetti mientras se giraba hacia toda la clase—. ¡Eh! ¡Atención todo el mundo! —gritó—. ¡Este viernes fiesta en la casa del Pardillo!

—Marchetti, deja de llamarme así —le contesté casi en un susurro que sonó a súplica, como si fuera una oveja enfrentándose a un lobo—. Además, no voy a hacer ninguna fiesta porque ya lo he celebrado.

La sonrisa burlona que lucía se le congeló y su gesto se tornó en una expresión incrédula.

—¿Qué?

—¿Y no nos has invitado? —protestó uno de los amigos de Marchetti mientras me daba una colleja.

—No lo planeé... Y no sabía que queríais venir —contesté asustado y con la voz rota, intentando aguantar las lágrimas por la impotencia y el miedo.

«Kike, por Dios, ¿por qué elegiste el maldito bachillerato tecnológico?», pensé.

22 —*No sabía que queríais venir...* —me imitó Marchetti poniendo una voz de niño pequeño con una expresión triste—. ¿Ya te vas a poner a llorar, Pardillo? Venga... ¡Soy yo el que tengo que estar triste! No me has invitado a tu fiesta de cumpleaños... Somos tus amigos, ¿no?

Me concentré en la mesa. Fijé la mirada en el pupitre mientras agarraba con fuerza el bolígrafo, como si la rabia y el miedo se condensaran en el objeto. Deseé que llegara pronto la profesora y que desaparecieran de mi vista. ¡Cómo los odiaba! ¡Cómo odiaba a Kike y a Leti por haberme dejado solo con aquella gente! ¡Cómo odiaba a la profesora por retrasarse cinco minutos por culpa de su maldita adicción al tabaco!

—¡Contesta! —insistió Marchetti con una nueva colleja—. Somos tus amigos, ¿sí o no?

—Déjale, Marchetti.

Kike apareció, imponente con su casi metro ochenta y cinco, su grave voz y una mirada agresiva que no invitaba a la conciliación.

—Vaya, vaya... —le dijo Marchetti mientras ponía su mano en la espalda de mi amigo—. Mirad quién ha venido a ver a su novia.

En cuestión de segundos, Kike agarró por la pechera a Marchetti, sin importarle la custodia de sus orangutanes, y le empotró contra el pupitre que tenía detrás. Ninguno de sus amigos supo qué hacer. Se hizo el silencio en toda la clase.

—Vuelve a tocarme y te parto los dedos —amenazó.

—Ey, Kike... —intervino uno de los amigos de Marchetti—. Estamos de broma, tío. No hace falta ponerse así.

—Sí, Kike... Estamos de broma —cantó Marchetti luciendo su sonrisa lobuna—. Además, creo que te has equivocado de clase. Aquí estamos los de ciencias de verdad.

—¡Buenos días!

Cuando la profesora entró en clase, Kike soltó a Marchetti y el grupo se diluyó en un abrir y cerrar de ojos. Mi amigo se marchó por la puerta por la que había entrado, no sin antes lanzarme una mirada que no sé si era de pena o culpabilidad. O ambas cosas, quizá. En cualquier caso, la tensión empezó a esfumarse de mi interior a través de un involuntario resoplido, como si fuera un globo al que se le escapaba el aire. Marchetti, antes de sentarse en su pupitre, no dudó en despedirse dándome otro pellizco en el moflete. Me encontraba tan inmerso en el miedo y el mal rato que había pasado que no sabía ni en qué asignatura estaba...

Si Leti no hubiera subido aquella foto, Marchetti no se habría enterado de mi cumpleaños y... ¿por qué Marchetti seguía a Leti en Instagram? Nunca habíamos tenido relación con él en secundaria. ¿Y por qué me había

empezado a seguir a mí en aquel momento? Justo cuando pensaba que me iba a librar de él para siempre, ¿me iba a seguir acosando por redes? En aquel instante me debatía entre devolverle el seguimiento o no. Yo, obviamente, no quería, pero... ¿y si se enfadaba? ¿Y si aquello se convertía en una nueva excusa para hacerme pasar un mal rato entre clases?

—¡Tierra llamando a Nino!

24

La voz de Kike me sacó de mis pensamientos. Me encontraba a su lado, caminando por el barrio de vuelta a casa. No recuerdo cómo transcurrió el resto de la jornada escolar de aquel día.

—¿Estás bien? —insistió mi amigo.

—Sí, sí... Es solo que...

—Marchetti —contestó por mí, como si no tuviera yo el suficiente valor para pronunciar aquel nombre.

—¿Crees que debería seguirle? —le pregunté confuso—. Por Instagram, digo.

—Lo que tienes que hacer es plantarle cara de una vez —me contestó con un tono algo cansado pero condescendiente—. Si no hubiera pasado por delante de tu clase...

—Así que va a ser verdad eso de que te crees mi salvador —le contesté forzando una indignación que no existía porque, en el fondo, me sentía mucho más seguro cuando Kike estaba cerca.

—No es eso lo que quiero decir, Nino. Es... —Kike se tomó unos segundos para meditar sus palabras antes de soltarlas—. Jorge Marchetti hay en todos lados.

—Oh, vaya, gracias —dije molesto e irónico—. Es todo un alivio esto que me dices.

—Nino...

—Kike, en serio, da igual —le contesté—. Me encantaría poder ser como tú, ponerme delante del imbécil este y soltarle: «Como me vuelvas a tocar, te parto los dedos» —dije imitando con desagrado un tono propio de Bruce Willis en *La jungla de cristal*—. Me encantaría poder beberme una poción que me diera todas esas cualidades que tú tienes, pero... ¿sabes qué? Ni soy valiente, ni mido casi dos metros, ni tengo un cuerpo de armario ropero, ni..., ni...

25

—Nino, para —me ordenó Kike poniéndose delante de mí y agarrándome los hombros para tranquilizarme—. Deja de pensar así. No puedes pensar así. Estás sobrevalorando a esa gente. ¡Marchetti solo te dice algo cuando está delante de sus coleguitas! Porque es un cobarde. Un niño que lo único que quiere es llamar la atención y ser el protagonista, como su hermana, la *influencer* esta que...

—Su prima —le corregí—. «La *influencer* esta» no es su hermana. Es su prima.

—Me da igual. Lo que sea. Está acostumbrado a ser un don nadie en su familia y ha hecho del instituto su pequeño reino. No puedes dejar que el miedo te bloquee de esta manera, tío. No puedes plantearte si le tienes que seguir por Instagram cuando es una persona que ODIAS. ¿Por qué vas a seguirle?

—¡Pues para que no me diga nada, joder! —contesté angustiado—. Para que no venga mañana y me diga:

«Oye, Pardillo, te sigo en Instagram. ¿Por qué tú no me sigues? ¿Es que no quieres ser mi amigo?» —dije imitándole con un tono de voz tonto y burlón, pero sin esconder mi angustia.

—Se te da bien esto de imitar voces —me contestó intentando quitar hierro al asunto.

—¡Kike, joder!

—¡Pues le dices que no! ¡Que no quieres ser su amigo!

—Sí. Y la hostia que me llevo puede ser fina.

—¡No lo sabes!

—¡Sí que lo sé, Kike! Sé muchas cosas que tú... —No podía continuar—. Mira, da igual, de verdad. Solo quedan un par de semanas para terminar el puto instituto. Yo empezaré la universidad, conoceré a gente nueva y, si todo va bien, de aquí a unos años Leti, tú y yo estaremos compartiendo piso.

—Nino...

—Esta es mi forma educada de dar por terminada la conversación, Kike.

Sabía que mi mejor amigo me quería, se preocupaba por mí y solo intentaba ayudarme a salir adelante. Quizá, a veces, con cierto paternalismo, pero también es verdad que yo le había coronado con ese rol. El de hermano mayor, el de protector. Que me sintiera en el instituto más seguro cuando Kike estaba cerca decía mucho de mi situación y mi forma de pensar. Era una marioneta de un titiritero llamado Miedo. Y en aquellos años, Marchetti movía los hilos, pero... ¿quién le tomaría el relevo cuando entrara en la universidad? ¿Y en el trabajo? Ansiaba

la protección y tranquilidad que me inspiraba Kike. Me había acostumbrado a refugiarme bajo sus alas y él, en el fondo, creo que también se sentía responsable de mi seguridad porque, la verdad, no tendría que haber entrado aquella mañana en mi clase si no se hubiese preocupado por echar un vistazo al aula.

«Necesito centrarme en otra cosa», pensé. Y, automáticamente, mi mente viajó al proyecto de ciencias en el que estaba trabajando. Visualicé mi dormitorio que, a la vez, era mi sala de pociones. Mi reino, mi pequeño mundo. Un lugar en el que yo era Dios y jugaba con las leyes de la química como si escribiera relatos de ciencia ficción.

Me encantaría poder beberme una poción que me diera todas esas cualidades que tú tienes.

Aquellas palabras que le acababa de soltar a mi mejor amigo resonaron en mi cabeza como si fueran el eco de una canción que no puedes dejar de tararear. Nino Pardino no creía mucho en su valentía, pero sí en su ingenio. Y aquel inocente pensamiento que vomité desde el miedo de mis entrañas aterrizó en la parte de mi cerebro en la que las ideas se maceran y crecen.

Entré en el portal de casa imaginándome aquella utopía, buscando en mi enciclopedia mental si era factible hacer más valiente a alguien de una manera científica.

Las puertas del ascensor de mi edificio se abrieron y me encontré con mi rostro reflejado en los espejos que cubrían sus paredes. Parecía mentira que tuviera dieciocho años. Aquel niño flaco de tez pálida y rostro chupado; con el pelo mal arreglado, cortado como si viviera en

una época pasada; con un flequillo que invadía mi frente y se quería refugiarse en las gafas que siempre llevaba. Y una mirada oscura que se ensombrecía aún más cada vez que tenía miedo. Pero en aquel momento, los ojos que vi en el espejo me transmitieron otra cosa. En ellos vi reflexión, concentración y... esperanza.

¿Podía crear un compuesto que me hiciera más valiente?

28

El móvil vibró y me sacó de mis cavilaciones y pesquisas mentales. Tenía un mensaje nuevo en la bandeja de entrada de mi cuenta de Instagram. El corazón se me detuvo al ver el remitente.

@JotaMarchetti

No siempre va a estar tu novio para protegerte, Pardillo.

Nos vemos mañana.

No contesté. Ni siquiera le había devuelto la solicitud de seguimiento (algo que en aquel momento me tranquilizó porque no le notificaría que había leído su mensaje).

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse; esta vez, en la cuarta planta del edificio. Volví a mirarme al espejo y aquella mirada curiosa había desaparecido.

El miedo me volvía a dominar.